

EL DIA DE LA PRIMERA COMUNIÓN.

Magdalena Valenzuela Guzmán
www.huelma.org

Tradicionalmente, la primera comunión, se celebraba cuando el niño cumplía los siete años, que era la edad en que se consideraba que adquiría “uso de razón” y tenía la capacidad suficiente para comprender el sacramento que recibía.

Antes de tomar la primera comunión era obligatorio hacer una preparación previa, que era de duración variable, porque dependía del lugar donde residiera el niño.

Los que residían en el pueblo y podían acudir a la escuela, eran los maestros y las maestras los que ejercían esta labor preparatoria, porque la doctrina era una asignatura de obligado estudio, al mismo nivel que las matemáticas o la lectura y escritura.

Los niños que vivían en los cortijos, no tenían esta posibilidad, porque sus maestros eran ambulantes, y una vez a la semana, acudían a enseñarles lo más elemental: leer, escribir y “las cuatro reglas”. No se dedicaban a impartir doctrina. Además, estos maestros eran remunerados por los padres, que consideraban prioritario que aprendieran a leer y escribir y de enseñarle doctrina ya se encargaban la madre y la abuela.

De todas formas, en aquellos años, los niños conocían las oraciones desde muy pequeños, porque en la mayoría de sus hogares se rezaba a diario, por consiguiente, cuando tenían edad de tomar la primera comunión ya sabían rezar.

Pero no eran todos los que recibían este sacramento, los había tan pobres, que, por necesidades familiares, a esta temprana edad ya estaban trabajando en cortijos; los niños de porqueros, cuidando animales, y las niñas de criadas o niñeras. Como lo prioritario era comer, sus padres no se preocupaban mucho de si sus hijos hacían o no la primera comunión, por eso, era frecuente que muchos llegaran a la edad adulta sin haberla recibido. En estos casos, lo habitual es que la hicieran antes de casarse.

Llegado el día de la comunión se levantaban temprano para engalanarse, que era una tarea laboriosa en el caso de las niñas, porque las mujeres de la casa, madres, tías y abuelas, les hacían peinados complicados, con moños, tirabuzones y bucles, lo que llevaba su tiempo.

Acabado este proceso, se empezaba a trajar al niño. Ese día se procuraba que vistieran de blanco porque es símbolo de pureza.

Las niñas, cuyas familias estaban en mejor situación económica, lucían vestidos largos, velos y coronas y los niños trajecitos de pantalón y chaqueta. Todos portaban misal y rosario. Estos trajes, confeccionados por las madres o modistas, resultaban bastante caros y solían pasar de unos hermanos a otros.

Por eso, las madres, antes de salir hacia la iglesia, aleccionaban al niño para que no manchara ni estropeará el traje, que tenía que servir para que todos los hermanos menores lo utilizaran.

Las clases más humildes, no podían permitirse ese lujo, lo que hacían era ataviarse con las mejores ropas de que dispusieran, independientemente del color de las mismas.

Unos y otros solían llevar en la mano flores o una vela encendida que simboliza la luz de Cristo.

Acudían a la iglesia acompañados de sus maestros, de sus familiares y de las autoridades locales: alcalde, concejales, juez etc., y al finalizar el acto, marchaban todos

a la escuela o el ayuntamiento, donde el consistorio obsequiaba a los niños con una taza de chocolate caliente, churros, galletas, dulces y magdalenas.

Después cada niño se reunía con su familia y quienes podían lo celebraban con un banquete. Para las clases bajas no había celebración familiar.

Los familiares y vecinos solían regalar dinero al niño que hacía la primera comunión y estos correspondían entregándole una estampa recordatoria del acto.